

# EL GENERAL DEL "LUMPEN-MILITARIAT"

«¿Ha aplastado Eihajji Idi Amin Dada un golpe militar o ha fabricado un falso complot para desembarazarse de los que le molestaban?».

Esta es una pregunta que se hacen algunos diplomáticos destacados en Kampala (Uganda). En el país han sido ejecutados más de cien oficiales, entre ellos, el general de Brigada Charles Arube: oficialmente, éste se habría suicidado. Antiguo alumno de la Escuela Militar de Sandhurst, jefe de Estado Mayor del Ejército ugandés, Arube acababa de pasar un año en la Unión Soviética. Era uno de los poquísimos personajes supervivientes que se atrevían a criticar al Régimen, el único que gozaba de prestigio suficiente para congregarse en la capital a las élites atemorizadas por el Gobierno de Amin.

Curiosamente, hace tres semanas se descubrió, flotando en el Nilo, el cuerpo hinchado del teniente coronel Michael Otonga, ex ministro de Asuntos Exteriores. Algunos días más tarde, Amin abandona los soberbios céspedes de su residencia presidencial para encerrarse entre las paredes del Ministerio de la Defensa: «Voy a reorganizar el Ejército», afirma. Hipótesis plausible: Amin se oía un golpe, dejó que madurara y en el momento oportuno se adelantó a los rebeldes. En cualquier caso, la «reorganización» se desarrolla sobre un fondo de sangrientas purgas tribales. Hay en Uganda treinta y nueve etnias: dos de ellas, los lugnaras y los kakwas, se han enzarzado últimamente en violentos combates. Amin es kakwa, pero musulmán. Arube era kakwa, aunque cristiano. Odonga era lugbara, como la mayoría de los soldados muertos estos últimos días.

La mayoría de los ugandeses —el 85 por 100 de la población rural—, que pertenece a la tribu de los bakandas, sufre o asiste a los acontecimientos con una calma que puede ser fingida o real. Amin, al volante de su propio «jeep», revólver al cinto, gira personalmente visita a los cuarteles y comedores de sus tropas. Y el general se dirige sobre todo a las clases de tropa en sus alocuciones: «Si no estáis contentos, matadme o exigid mi dimisión». Las tropas, depuradas, le aclaman. Los soldados se reconocen en él; él se reconoce en sus soldados.

Amin no ha estudiado en Sandhurst. Su inglés es elemental. El general es un auténtico hombre del pueblo. Resplandeciente, Amin Dada, **Big Daddy**, casi cincuenta años, un metro noventa y dos, ciento veinte kilos, repite: «Soy el jefe más revolucionario de África». Cuando recuerda a quienes le escuchan cómo de niño guardaba las

cabras de su padre en una zona árida del país, Amin hace vibrar de emoción a los soldados rasos y a los campesinos pobres.

## Ejecuciones públicas

A los veintidós años, Amin abandona el hogar paterno y se alista en el regimiento británico de los King's African Rifles como cocinero. Jugador de rugby en función de delantero, Amin será también, durante nueve años consecutivos, campeón de boxeo en la categoría de los pesos pesados. Hoy, Amin reivindica su negritud, pero habla al mismo tiempo emocionado de «su ex comandante en jefe Isabel II». En Kenya, Amin combate contra los Mau-Maus y alcanza el grado de sargento primero. En 1961, un año antes de la proclamación de la independencia ugandesa, es ascendido a subteniente: «Semianalfabeto —señalan sus superiores—. Falta de conocimientos. Lo compensa con su energía». En unos años, el exuberante Amin pasa a jefe de Estado Mayor del Presidente Milton Obote. En 1970, mientras que este último, imprudente, conversa con las distintas cabezas de la Commonwealth en Singapur, **Big Daddy** toma el poder.

Entonces, Amin, singular mezcla de ingenuidad y astucia, de humor y desconfianza, se presenta como «pionero y bulldozer». La izquierda ve en él a un «conspirador neocolonialista, deseoso de restablecer la influencia británica». La derecha acepta a este rudo personaje, que ha logrado desembarazarse de Obote, socializante autoritario. Amin liberó a buen número de prisioneros políticos, entre ellos a cinco ministros. Consiguió reducir el «kondoism» (robo con violencia) endémico. Trató de congraciarse con los bakandas. Acogió a los refugiados de Ruanda, del Congo, del Sudán. Su primer «slogan»: «Gobierno por la acción». El segundo: «No hay Gobierno si no hay seguridad». Pronto liquidó a más de sesenta oficiales, seiscientos soldados y dos mil partidarios de Obote. Ha despedido al Parlamento. No ha leído ni a Marx, ni a Fanon, ni al «Che».

Amin se apoya en el Ejército, pero —y es este un dato capital— no en el cuerpo de los oficiales tradicionales, sino en la totalidad de los suboficiales. A los cabos los asciende a capitanes, a los sargentos los convierte en coroneles. Hoy, como hace tres años, Amin parece cifrarlo todo en una especie de «Lumpen-militariat». Sus incondicionales son casi todos ellos kakwas y musulmanes, o ambas cosas. El Ejército ugandés comprende dieciséis mil hombres. Su núcleo lo constituye una guardia pretoriana de tres mil nubios dedicados a



Amin, un hombre salido del pueblo, que hace vibrar a las clases de tropa.

Amin como los nuevos oficiales que están efectivamente al mando de unidades diversas en los distritos del país.

Una Policía paralela cancerosa, la Public Safety Unit, prolifera bajo las órdenes del comandante Mall Yamungu, musulmán kakwa. Estos «tontos macoutes» africanos desfilan en Peugeot blancos, con los ojos protegidos por gafas de cristales ahumados y la cabeza cubierta con sombrero tirolés; espían, secuestran, torturan. Sistema de ejecución clásica: unos martillazos en la nuca. Según Obote, exiliado, «veinte mil ugandeses han sido asesinados en tres años». En el país, que cuenta con diez millones de habitantes, aproximadamente, reina el terror. Amin decapita a las élites: trescientos oficiales, un centenar de diputados y de altos funcionarios, quinientos personajes pertenecientes a las etnias bakanda, acholi, ankole, lango y, esta vez, en marzo de 1974, lugbara. Amin ordena ejecuciones públicas y televisadas, «para que el pueblo vea correr su sangre»; los suplicados están revestidos de delantales blancos.

Londres, Washington, París y Tel-Aviv le ayudan militarmente, pero pronto Amin los decepciona: no «nacionaliza», pero «ugandiza» las plantaciones de té extranjeras, y doce compañías, desde la British American Tea hasta la fábrica de neumáticos Dunlop. El general africaniza. En 1972, expulsa a 55.000 indios. No se trata de un acto de puro racismo: sus nociones de economía son sumarias; Amin estima que el Estado se beneficiará tan pronto como salgan del país los indios. Su pueblo está encantado con el éxodo de los saboteadores y los «parásitos» indios o británicos. Londres suspende toda ayuda, pide indemnizaciones. Amin no excluye este principio, aunque sus cajas fuertes están vacías. Prestigio obliga, responde: «Que venga a negociar el primer ministro británico en persona». El 13 de febrero de 1974, Amin explica al encargado de Negocios británico, James Hennessey: «Si hemos recurrido a los árabes es porque Gran Bretaña nos ha vuelto la espalda».

Amin se siente muy impresionado por el coronel Gadhafi, a quien visita en febrero de 1972. En la

actualidad, trescientos cincuenta oficiales y suboficiales siguen cursillos en Libia. Gadhafi visita Kampala los días 2, 4 y 5 de marzo de este año. Ofrece diez Migs, ayuda económica y escandaliza a los estudiantes cristianos de la Universidad de Makerere con una diatriba islamizante. Gadhafi estimula en Amin el antilperialismo, el antisionismo y el antisovietismo. Se sospechaba del general Arube que se había dejado seducir por los soviéticos, que hoy suministran ingentes cantidades de material militar.

## «Mentalmente desequilibrado»

Con sus abrumadoras declaraciones («Hitler hizo bien en quemar a seis millones de judíos», «Yo puedo ayudar a los ingleses a solucionar la cuestión irlandesa», «Mis condolencias al Presidente Nixon por el Watergate», «No puedo casarme con usted, Presidente Nyerere, porque es usted un hombre»), Amin está consiguiendo cansar a los Gobiernos más atentos. Willy Brandt ha dicho en voz alta lo que muchos piensan: «Amin es un desequilibrado mental».

Las cosas no son tan sencillas, sin embargo. Para la gran masa ugandesa, Amin representa una liberación; todo lo grosero que se quiera, pero auténtica. En este sentido no será un personaje ejemplar, aunque sí edificante. Amin es, ante todo y sobre todo, el producto de la acción no respaldada por una doctrina. Su populismo primitivo es popular y carismático en una «África que empezó mal». Lo más grave es que su política está provocando una retribalización. Es un gran salto atrás. Circulan por Kampala octavillas de la oposición. En Dar es-Salaam y Nairobi se ha constituido un llamado Frente de Salvación Nacional (Fronsa). En su seno militan intelectuales y estudiantes, desconectados de las masas analfabetas, a las que apenas afecta la crisis económica.

Uganda se encuentra en un callejón sin salida. Prosiguen en Kampala, Masindi, Port Portal y Masaka las ejecuciones... La estación de las lluvias es, al mismo tiempo, la de la sangre. Amin se ríe: «Nadie es más veloz que una bala de revólver». ■ OLIVIER TODD.